

La Enseñanza.



REVISTA HISPANO-AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO I. }

NUEVA-YORK, ABRIL 1º DE 1871.

{ NUM. 2.

CUENTOS A MI HIJA.

EL CANASTILLO DE FRESAS.

En la hermosa avenida de Paris á Bagnoleet hay una famosa habitacion, llamada el Retiro, cuya reja da al camino real. Era á mediados del mes de Mayo, época en que aquel lindo país produce las primeras fresas que se presentan en la capital.

Laura, hija de un banquero de Paris, que habitaba en este palacio de campo, estaba una tarde sola, y sentada detras de las verjas, divirtiéndose en contar los cortos ahorros que habia hecho con el dinero que mensualmente le daban para sus gastos secretos. En el momento en que estaba formando millares de proyectos para invertir un luis que habia juntado durante muchos meses, oye dar un grito en el camino, mira y descubre á una moza descalza de pié y pierna que acababa de resbalar, y al caer habia derramado por el suelo muchos canastillos de fresas, que llevaba sobre la cabeza. Abundantes lágrimas corrian sobre las mejillas de Babet (que era el nombre de la moza). Clamaba con el acento de la desesperacion: « ¡Desdichada de mí! entrada esta mañana al servicio del tío Juan Pedro, la primera vez que

voy á coger fresas en sus jardines, es preciso que me suceda la desgracia de derramar por los suelos el fruto de sus afanes y sudores. No me hallo en estado de satisfacerle su valor; va á echarme de su casa, y quizá á hacerme pasar por una picarona en toda la aldea . . . ¡Pobre madre mia! que no tiene vd. mas arrimo que el mio, ¡oh pobre madre mia! ¿qué será de vd.?»

Acabando de pronunciar estas palabras, alzaba Babet de prisa las pocas fresas que se habian escapado del desastre, y con las que pudo apenas formar un canastillo, por hallarse todas las restantes aplastadas con la caída, ó confundidas en el polvo.

Aquellas insinuantes palabras ¡pobre madre mia! ¿qué será de vd? traspasaron vivamente el corazón de Laura. «Moza, le dijo esta llamándola con el dedo, ¿cuánto podian importar los canastillos de fresas que tanta pena te dan?—¡Ay de mí, señorita! de seis no me queda sino uno: cinco, á cuatro pesetas la pieza, en atencion á ser un fruto temprano, componen.....» iba contando con los dedos..... «Veinte pesetas, repuso Laura.»— ¡Tanto como eso! replicó Babet. Es mas que lo que gano en dos meses. ¿Cómo haré? ¡pobre madre mia! ¿qué será de vd?»

«Ahora bien, dijo Laura abriendo quedito la reja, tenga vd. confianza en mí, moza, y me obligo á re-

parar el contratiempo que acaba de acaecerle. Déme vd. ese canastillo, único que le queda, y tome ese luis, que es cabalmente el valor de los seis que vd. tenia. Dirá á su amo que lo ha vendido todo á los vecinos del Retiro, con cuya traza le evitará vd. toda pérdida, servirá siempre de arrimo á su madre, y por mi parte no podré haber hecho jamas una mejor inversion de mis ahorrillos.»

Conmovida y asombrada Babet, entregó su último canastillo de fresas á Laura, dió mil besos en sus benéficas manos, igualmente que en el luis que la libertaba de tantas desdichas, y tomó el camino de su aldea. Laura por su parte, llena de júbilo y orgullo por haber invertido tan útilmente su dinero, llevó á su cuarto el canastillo que se le habia hecho tan querido, proponiéndose seguramente comer las fresas que le pertenecian con tanta razon, y mas particularmente acrecentar el valor de tan buena accion, con ocultarla á todos.

Pero el padre de Laura habia visto al través de la celosía de su gabinete cuanto habia pasado. No perdiendo de vista á su hija, la habia visto llevar ocultamente el canastillo de fresas, que él fué á tomar en el cuarto de Laura así que ella se bajó, y al punto fué al salon, donde la halló que estaba bordando al lado de su madre. Les anunció que los mas de

sus amigos vendrían á comer al siguiente dia; que entre ellos habia un corto número de sugetos distinguidos, y que celebrando infinito darles un convite, deseaba que la comida correspondiese en su esplendidez á la elevada distincion de los convidados.

Despues de una larguísima conversacion, en que el padre de Laura no pudo menos de mostrarse cariñoso en extremo con su hija, volvió esta á su cuarto para visitar de nuevo su canastillo favorito y comer algunas fresas, que le parecían las mejores que su paladar hubiese probado en la vida. Pero, ¡cuál fué su asombro al no hallar ya este precioso depósito! Busca, se inquieta, echa indirectas á todos los de la casa: nadie caía en lo que Laura queria decir; y solo el padre estaba gozando del amable apuro de la hija.

Fué grande el número de convidados en el siguiente dia. Sirviéronse con los postres mas exquisitos, que se componian de cuanto puede inventar el lujo, las mas raras confituras, ananas primorosos, helados de Italia, famosas pirámides de toda clase de frutas; pero cada cual notaba con particular pasmo que no habia fresas, bocado tan regalado en aquella sazon. Sorprendida la madre de Laura, al modo de todos los concurrentes, de que no se hubiesen ejecutado sus órdenes, se disponia para regañar á aquel criado que habia corrido con este ramo del servicio de mesa, cuando un lacayo llegó, y puso en el azafate de flores, que estaba en medio de la mesa, el querido canastillo de Laura. Al verle esta, no pudo menos de gritar de gozo, y su amable bochorno anunciaba que se encerraba algun misterio en aquel canastillo. Entonces contó su padre el lance de que habia sido testigo afortunado. «He creído, dijo, que estas eran las fresas únicas con que me era permitido regalar á mis amigos y convidados; no, no conozco canastillo ninguno, aun cuando fuera de la China, del Japon, y atestado de las mas raras frutas, que pueda compararse con el sencillo canastillo de Babet.»

Fueron generales los aplausos, y todos los convidados estrecharon en sus brazos á Laura. La madre con especialidad la tenia apretada contra su pecho, sin que pudiese espresar lo que experimentaba en su alma. Rogaron á Laura que por sí misma repartiese las fresas entre los convidados; lo que ella hizo ganándose los mas dulces parabienes. Pero ¡cuánto fué su asombro, cuando al distribuir las últimas fresas, halló en el fondo del canastillo un collar de coral, que tenía un escudo de oro cercado de perlas finas, y grabadas en él estas palabras: *Babet, á su bienhechora!*

EDUCACION POPULAR

POR DON PEDRO G. ORTIZ.

CAPITULO II.

LA EDUCACION Y EL INDIVIDUO.

«El hombre tiene tres maestros: el preceptor, él mismo y sus vecinos.»—EVERETT.

Las letras y las ciencias, al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y la imaginacion, elevan el carácter moral.—BELLO.

Antes de proceder al estudio de un sistema de Educacion Popular, es preciso que comprendamos primeramente el fin y objeto de ella; y mal podriamos arribar á este resultado, si no examinamos previamente en qué consiste la verdadera importancia y utilidad de la educacion. Esta última materia, aparentemente obvia é innecesaria, no ha sido tratada de un modo comprensivo y filosófico en ningun libro que

conozcamos en el idioma español. Existe tal vez una opinion ilustrada, aunque vaga é imperfecta, acerca de su conveniencia en general; pero sus relaciones con el individuo, la sociedad, la moral, la religion, la industria y la riqueza pública, no han sido bien examinadas ni comprendidas. Esto nos ha movido á emprender algunas reflexiones, y á hacer un resumen de ciertos datos, que tienden á ilustrar en parte esta importantísima cuestion.

La educacion, en su sentido mas amplio, comprende el desarrollo de todas las facultades humanas, físicas é intelectuales. No hay persona así que de algun modo no haya sido educada. Tal vez no muy propiamente, pero es muy comun en el lenguaje moderno, el estender su significacion hasta los animales y plantas. Un individuo puede escaparse al imperio educacional de un maestro, de un padre, de la sociedad misma, pero jamas se sustraerá al de la naturaleza. Un elocuente orador americano ha dicho que el hombre tiene tres maestros: el preceptor, á sí mismo y á sus vecinos. Debió añadir otro mas: la naturaleza. Las mil circunstancias y accidentes diarios que lo rodean, influyen y provocan el desenvolvimiento del alma y del corazon. Aunque le supongamos destituido y abandonado de todos, á nadie falta nunca un monitor discreto ó indiscreto, benévolo ó perverso; y si ha podido escapar á la bienhechora influencia de la casa paterna, del sacerdote ó del maestro, obedecerá entonces á las impresiones sensuales y brutalizadoras del lugar, personas y cosas en cuyo círculo se mueve.

Muchas veces se ha comparado el espíritu humano á una composicion plástica, siempre dispuesta á recibir el sello y forma que le quiera dar el institutor, tal cual lo hace el artista. No es preciso llevar á tan absurdo extremo el poder de la educacion, ni creer tampoco con Locke, que esta «guia el alma con la misma facilidad que se distribuye el agua por este ó aquel canal.» Circunstancias tanto internas como externas, influyen y predominan á veces sobre la educacion. Tomad un salvaje de la Araucania y un hombre cualquiera de nuestra baja sociedad, ¿y en qué estriba la gran diferencia entre ambos? El primero ha recibido todas sus impresiones, toda su educacion, de la inculta naturaleza, y el otro se ha desarrollado en medio de una poblacion semi-cultivada. Una educacion intelectual operaría de un modo muy diverso en uno y otro caso, segun el mayor ó menor poder de los hechos estereos de que se encuentre rodeado. Comparad despues al hombre rústico con el

que se ha criado en las cortes y salones, en medio del lujo y de la elegancia, y en todas partes vereis confirmado el imperio y la fuerza dominante de los hechos estereos en el desarrollo de la inteligencia y del corazon. Dejad que esta corriente siga su natural curso, y ya veriamos pronto dividirse y despedazarse la mejor sociedad y civilizacion.

Una cultura general tiende á corregir los malos efectos de esta influencia desorganizadora, en virtud de la cual se forman distintas clases y perniciosas divisiones en los Estados. La educacion, y solo la educacion, puede llenar las distancias que separan á los hombres en sus relaciones privadas. No decimos que la educacion nivela las distintas clases y órdenes sociales; pero sí, que con ella, todos los títulos y distinciones aristocráticas no vienen á ser mas que vanas apariencias, meros nombres sin sustancia. Esto se ve palpablemente en aquellos pueblos en que la educacion está mas generalizada y estendida en todas las condiciones sociales. Tomad, por ejemplo, la Alemania en conjunto: en toda ella existe la monarquía con sus inseparables accesorios de nobleza, títulos, division de clases, etc.; y sin embargo, no hay país, segun Mme. Stael, y otros viajeros modernos, en que sea menos sensible la desigualdad social.*

Mas la primera y principal cualidad de la educacion, consiste en que eleva y ennoblece nuestra naturaleza, y da al alma el temple necesario para ejercitar la virtud. El texto sagrado nos explica la caida del hombre, y la propension natural que con ella adquirimos para hacer el mal, ó para dejarnos arrebatar por su corriente. ¿Quién puede negar, aunque la revelacion divina no nos lo dijera, que llevamos en nuestras entrañas una levadura corruptora, contra la cual basta solo á preservarnos la mas severa disciplina intelectual y moral! No importa que seamos mas ó menos diversos del resto de la creacion animal, cuando una fuerte y fatal inclinacion nos arrastra á ceder al imperio de nuestros apetitos y pasiones, que nos asemeja á ellos reprimiendo los instintos de pureza y virtud angélica que nos ligan por otra parte al cielo. «El vicio, dice Séneca, podemos aprenderlo por nosotros mismos; pero la virtud y la sabiduria, se enseñan.»

* El autor del brillante *Ensayo sobre el Gobierno en Europa*, D. Ambrosio Nott, nos escribia desde Dresde lo siguiente: «Lo mas interesante aquí es el pueblo, cuyas costumbres revelan una gran superioridad moral é intelectual sobre los demas de Europa. El pueblo de Alemania es la clase media de Francia y de Inglaterra. Las cortes y nobleza de este país son en extremo sencillas. Esto explica muchos misterios de política. Los que se asombran de ver esclavo á un pueblo tan ilustrado como lo es el de Alemania, no piensan en lo suave, paternal y sencillos que son por estas tierras los señores y reyes.»

El alma del ignorante ha sido comparada muy bien al suelo inculto, que sembrado solo por la mano del tiempo, no produce mas que zarzales y abrojos. Esta es una verdad trivial, y que, absoluta y comprensiva como es teóricamente hablando, está no menos confirmada punto por punto en el terreno práctico de la vida. Toda la historia está abierta á nuestra vista, para proclamarnos que, bajo las tinieblas de la ignorancia, se encubren los crímenes mas espantosos y la mas grosera sensualidad. Sin ir muy lejos en estas consideraciones, echemos solo una mirada á las sociedades contemporáneas, y tiremos un paralelo, por ejemplo, entre la España, nuestra antigua madre patria, y aquella parte de la Gran Bretaña conocida como la Inglaterra propiamente tal, y el principado de Gales, aunque estos esceden en mucho la poblacion de aquella. Segun datos estadísticos oficiales, se calcula por término medio que hay un español que sepa leer por cada veinte personas, mientras en los últimos citados pueblos la proporcion es de uno por doce individuos. ¿Qué dicen los cuadros criminales de uno y otro país? En un solo año (1826), los tribunales de España espidieron, no menos de 1763 sentencias por asesinatos alevosos, mientras en Inglaterra su número llegó apenas á 14 personas! No hay duda que aquellos fueron tiempos extraordinarios de conmocion popular; pero así tambien lo eran en las poblaciones británicas por causa de la guerra y cesacion de la industria. ¿Cuánto no habria ahora que decir si fuéramos á parangonar el estado de moralidad pública y privada entre ambas naciones, especialmente cual se manifiestan en sus diversiones y costumbres sociales! ¿Y adónde llegaríamos si fuéramos á comparar la industria y produccion en continuo progreso de la Albion, con la paralización y estancamiento á que han estado condenadas las artes mecánicas, hasta ahora recientemente, en la desgraciada Iberia?

La religion tiene, á la verdad, el poder de combatir y aun destruir, por la gracia, este gérmen de corrupcion depositado en el corazon humano; mas cuán debil es su influencia y cuán efímero su triunfo, cuando no va acompañado y sostenido por la educacion! Se ha dicho que aquella asegura al hombre su felicidad en esta y en la otra vida. ¿Con cuánta mas propiedad no se diria que es el fin de la una hacernos felices en esta tierra, como en el de la otra abrirnos las puertas del cielo? Porque si las inspiraciones religiosas son el bálsamo y perfume del alma, la luz del entendimiento es el calórico, ó el fuego que disuelve

el aroma y lo esparce por la atmósfera de la vida. La mayor parte del manantial de nuestra existencia se oculta en el silencio de nuestros pechos, como aquellos esteros de la patria, que esconden sus aguas en la arena para aparecer mas claros y puros en otro paraje. Muchos no han tenido la oportunidad ni los medios de espresar, ya sea con palabras ó con hechos, los misterios de su vida interior, y no dejan por eso de ser felices y gozar de sus pensamientos. Así es quizá la existencia de la multitud. Pocos son ciertamente los que tienen que dar batallas, arengar en senados, gobernar pueblos ó escribir libros; pero todos tenemos una alma que ilustrar, y pasiones que gobernar y someter al cumplimiento de nuestras obligaciones divinas y humanas. *

(Continuará.)

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO I.

DE LOS DEBERES PARA CON DIOS.

Basta dirigir una mirada al firmamento, ó á cualquiera de las maravillas de la creacion, y contemplar un instante en los infinitos bienes y comodidades que nos ofrece la tierra, para concebir desde luego la sabiduría y grandeza de Dios, y todo lo que debemos á su amor, á su bondad y á su misericordia.

En efecto, ¿quién sino Dios ha creado el mundo y lo gobierna, quién ha establecido y conserva ese orden inalterable con que atraviesa los tiempos la masa formidable y portentosa del universo, quién vela incesantemente por nuestra felicidad y la de todos los objetos que nos son queridos en la tierra, y por último, quién sino Él puede ofrecernos y nos ofrece la dicha inmensa de la salvacion eterna? Somosle, pues, deudores de todo nuestro amor, de toda nuestra gratitud, y de la mas profunda adoracion y obediencia; y en todas las situaciones de la vida, en medio de los placeres inocentes que su mano generosa derrama en el camino de nuestra existencia, como en el seno de la desgracia con que en los juicios inescrutables de su sabiduría infinita prueba á veces nuestra paciencia y nuestra fé, estamos obligados á rendirle nuestros homenajes, y á dirigirle nuestros ruegos fervorosos, para que nos haga merecedores de sus beneficios en el mundo, y de la gloria que reserva á nuestras virtudes en el cielo.

Dios es el Sér que reúne la inmensidad de la grandeza y de la perfeccion; y nosotros, aunque criaturas suyas y destinados á gozarle por toda una eternidad, somos unos seres muy humildes é imperfectos; así es que nuestras alabanzas nada pueden añadir á sus soberanos atributos. Pero él se complace en ellas y las recibe como un homenaje debido á la majestad de su gloria, y como prendas de adoracion y amor que el corazon le ofrece en la efusion de sus mas sublimes sentimientos, y nada puede por tanto escusarnos de dirigírselas. Tampoco nuestros ruegos le pueden hacer mas justo, porque todos sus atributos son infinitos, ni por otra parte le son necesarios, para conocer nuestras necesidades y nuestros deseos,

* El entendimiento cultivado oye en el retiro de la meditacion las mil voces del coro de la naturaleza; mil visiones peregrinas revelan en torno de la lámpara solitaria que alumbrá sus vijilias. Para él solo se desenvuelve en una escala inmensa el orden de la naturaleza, para él solo se atavía la creacion de toda su magnificencia, de todas sus galas. (D. Andres Bello, en su discurso de apertura de la Universidad de Chile).

porque Él penetra en lo mas íntimo de nuestros corazones; pero esos ruegos son una espresion sincera del reconocimiento de su poder supremo, y del convencimiento en que vivimos de que Él es la fuente de todo bien, de todo consuelo y de toda felicidad, y con ellos movemos su misericordia y aplacamos la severidad de su divina justicia, irritada por nuestras ofensas, porque Él es Dios de bondad y su bondad tampoco tiene límites. ¿Cuán propio y natural no es que el hombre se dirija á su Criador, le hable de sus penas con la confianza de un hijo que habla al padre mas tierno y amoroso, le pida el alivio de sus dolores y el perdon de sus culpas, y con una mirada dulce y llena de uncion religiosa, le muestre su amor y su fé como los títulos de su esperanza!

Así al acto de acostarnos como al de levantarnos, elevaremos nuestra alma á Dios; y con todo el fervor de un corazon sensible y agradecido, le dirigiremos nuestras alabanzas, le daremos gracias por todos sus beneficios y le rogaremos nos los siga dispensando. Le pediremos por nuestros padres, por nuestras familias, por nuestra patria, por nuestros bienhechores y amigos, así como tambien por nuestros enemigos, y haremos votos por la felicidad del género humano, y especialmente por el consuelo de los afligidos y desgraciados, y por aquellas almas que se encuentren extraviadas de la senda de la bienaventuranza. Y recogiendo entonces nuestro espíritu, y rogando á Dios nos ilumine con las luces de la razon y de la gracia, examinaremos nuestra conciencia, y nos propondremos emplear los medios mas eficaces para evitar las faltas que hayamos cometido en el discurso del día. Tales son nuestros deberes al entregarnos al sueño y al despertarnos, en los cuales, ademas de la satisfaccion de haber cumplido con Dios y de haber consagrado un momento á la filantropía, encontraremos la inestimable ventaja de ir diariamente corrigiendo nuestros defectos, mejorando nuestra condicion moral, y avanzando en el camino de la virtud, único que conduce á la verdadera dicha.

Es tambien un acto debido á Dios, y propio de un corazon agradecido, el manifestarle siempre nuestro reconocimiento al levantarnos de la mesa. Si nunca debemos olvidarnos de dar las gracias á la persona de quien recibimos un servicio, por pequeño que sea, ¿con cuánta mas razon no deberemos darlas á la Providencia cada vez que nos dispensa el mayor de los beneficios, cual es el medio de conservar la vida?

En los deberes para con Dios se encuentran refundidos todos los deberes sociales y todas las prescripciones de la moral; así es que el hombre verdaderamente religioso es siempre el modelo de todas las virtudes, el padre mas amoroso, el hijo mas obediente, el esposo mas fiel, el ciudadano mas útil á su patria..... Y á la verdad, ¿cuál es la ley humana, cuál el principio, cuál la regla que encamine á los hombres al bien y los aparte del mal, que no tenga su origen en los Mandamientos de Dios, en esa ley de las leyes, tan sublime y completa cuanto sencilla y breve? ¿dónde hay nada mas conforme con el orden que debe reinar en las naciones y en las familias con los dictados de la justicia, con los generosos impulsos de la caridad y la noble beneficencia, y con todo lo que contribuye á la felicidad del hombre sobre la tierra, que los principios contenidos en la ley evangélica? Nosotros satisfacemos el sagrado deber de la obediencia á Dios guardando fielmente sus leyes, y las que nuestra Santa Iglesia ha dictado en el uso legítimo de la divina delegacion que ejerce; y este es al mismo tiempo el medio mas eficaz y mas directo para obrar en favor de nuestro bienestar en este mundo, y de la felicidad que nos espera en el seno de la gloria celestial.

Pero no es esto todo; los deberes de que tratamos no se circunscriben á nuestras relaciones internas con la Divinidad. El corazon humano, esencialmente comunicativo, siente una inclinacion invencible á espresar sus afectos por signos y demostraciones exteriores. Debemos, pues, manifestar á Dios nuestro amor, nuestra gratitud y nuestra adoracion, con actos públicos, que al mismo tiempo que satisfagan nuestro corazon, sirvan de un saludable ejemplo á

los que nos observan. Y como es el templo la casa del Señor, y el lugar destinado á rendirle nuestros homenajes, procuraremos visitarlo con la posible frecuencia, manifestando siempre en él toda la devoción y todo el recogimiento que inspira tan sagrado recinto.

Los sacerdotes, ministros de Dios sobre la tierra, tienen la alta misión de mantener el culto divino y de conducir nuestras almas por el camino de la felicidad eterna. Tan elevado carácter nos impone el deber de respetarlos y honrarlos, oyendo siempre con interés y docilidad los consejos con que nos favorecen, cuando en nombre de su Divino Maestro y en desempeño de su augusto ministerio, nos dirigen su voz de caridad y de consuelo. Grande es sin duda la falta en que incurrimos al ofender á nuestros prójimos, sean estos quienes fueren; pero todavía es mucho más grave ante los ojos de Dios la ofensa dirigida al sacerdote, pues con ella hacemos injuria á la Divinidad, que le ha investido con atributos sagrados y le ha hecho su representante en este mundo. Concluyamos, pues, el capítulo de los deberes para con Dios, recomendando el respeto á los sacerdotes, como una manifestación de nuestro respeto á Dios mismo, y como un signo inequívoco de una buena educación moral y religiosa.

(Continuará.)

CONSEJOS DE LA AMISTAD.

LA FILOSOFIA.

La Filosofía es la primera de todas las ciencias, en atención á que, según la etimología de su nombre, es el amor á la sabiduría. En los colegios la limitan al estudio y perfección del raciocinio; y á la verdad, no es apartarla de su objeto, porque la sabiduría es el fruto de la razón perfeccionada. En efecto, dejar de raciocinar es dejar de ser sabio.

La multitud tiene unas ideas de la Filosofía que de ningún modo le pertenecen: honra con el nombre de filósofos á los que observan un modo particular de vivir, á los que afectan una vida ociosa, y sobre todo, á los que usan un lenguaje que ella no entiende. Prodigamos este título á los espíritus difíciles, severos, satíricos, despreciadores. Basta tener un poco de humor para merecer á sus ojos el nombre de filósofos; como si la Filosofía, concedida á los hombres para formar su felicidad, fuese susceptible de este defecto, capaz de alterar su unión y armonía.

Las varias sectas que dividen á los filósofos sobre la explicación de la naturaleza, no pertenecen á la Filosofía. Superior á los errores, á las incertidumbres, á preocupaciones, solo tiene por objeto la verdad del entendimiento, la rectitud del corazón y la moderación de las pasiones; solo á este precio podemos ser filósofos. Imaginar sistemas, y hacer nuevos descubrimientos, son operaciones útiles á la sociedad, que pueden adquirir á sus autores nombres muy respetables, sin merecerles el de filósofos.

Es sin duda muy glorioso ser un Descartes, un Newton; estos nombres grandes, que hacen tanto honor al entendimiento humano, tienen vinculada una gloria sublime: nosotros debemos tributársela con tanto más gusto, cuanto es un tributo de gratitud que por lo regular forma toda su recompensa. El interés y la envidia los priva casi siempre de las demás ventajas que merecen; pero la superioridad de su genio, se las hace mirar, y con razón, como inferiores á la gloria que únicamente buscan. Esta gloria, aunque perezosa, los venga de la injusticia de los hombres con el auxilio del tiempo, que á nada perdona, si no es á ella.

Pero aún es más glorioso el ser filósofo. Esta es una verdad con visos de paradoja; pero sin embargo, la experiencia la demuestra. Con el maravilloso talento de estos hombres grandes de que hemos hablado, podemos ser esclavos de nuestras pasiones, muy estimables de lejos y muy despreciados de cerca; asombrar al universo con las operaciones de nues-

tro entendimiento, y escandalizarle con los desórdenes de nuestro corazón.

Hay pocas personas, aun entre las más perfectas, que sostengan un trato íntimo sin perder de su reputación.

Pierden más ó menos á proporción que se apartan de esta Filosofía, que es la regla con que debemos medir á los hombres para saberlos apreciar, como que es á la que deben conformarse.

La Filosofía obra más en lo interior que en lo exterior de nosotros; de aquí es que hace menos ruido, y que la gloria que resulta de ella sea desconocida por mucho tiempo.

El heroísmo de las armas y el de la política dependen á veces de un solo golpe; son conocidos en toda la tierra, brillan á los ojos de todos desde el momento que se ejecutan: el de la Filosofía, mayor que todos los demás, puede quedar ignorado para siempre: depende de circunstancias para representar lo que es, y estas circunstancias no dependen de ella.

No es extraño que la dificultad de llegar á ser filósofo (que consiste particularmente en hacerse dueño de sus pasiones) y la oscuridad que le acompaña, desaliente á la mayor parte de los hombres; nada hay de seguro unido á este heroísmo, sino la satisfacción de obrar bien, la libertad é independencia de las pasiones, la tranquilidad del alma en medio de los reveses é infortunios que tanto afligen á los demás. Estas maravillas no dependen de las riquezas ni de los honores, ni tampoco conducen á ellos. Solo se ama á lo que brilla, ó á lo que enriquece: la Filosofía no hace ni lo uno, ni lo otro.

Si hubiese premios señalados para los verdaderos filósofos, quizá veríamos un mayor número de ellos. Aunque esta mira de interés no pueda hermanarse con la pureza de la verdadera Filosofía, muchos principiarían con este motivo, aunque imperfecto, y concluirían por abandonarle, adelantándose en esta carrera, cuyo principio está cubierto de abrojos, y el fin esmaltado de flores.

Por más repugnancia que tengamos á la práctica de una Filosofía que exige los mayores sacrificios, admiramos á los que con ella se hallan en estado de arrostrar las borrascas, que no tienen ninguno de cuantos infortunios los rodean, que tienen al dolor como un mal que están habituados á sufrir; que conservan la libertad, la bondad, y aun muchas veces la alegría de su alma en medio de los más grandes asaltos; que miran, en fin, desquiciarse el universo sin alterarse su intrepidez. ¿No son demasiado preciosas estas ventajas para que dejen de excitar nuestra envidia?

¡Qué de males evitados, qué de inquietudes terminadas, qué de dolores suavizados por los principios de la Filosofía! ¡Cuántos momentos de la vida, ya en el seno de nuestra familia, ya en medio de nuestros amigos, nos advertimos aislados, y que todo cuanto nos rodea nada añade ni quita á lo que experimentamos! Entonces de ninguna parte sino de nosotros mismos podemos sacar los auxilios de que tenemos necesidad; entonces sería inevitable la desesperación sin esta Filosofía, compañera inseparable de los que la aman; entonces hace conocer los bienes preciosos de que abunda; que halla remedio á todos los males; que suaviza los que no puede curar: he aquí su verdadero triunfo.

Esta Filosofía reprueba igualmente aquella fiera estóica que desmiente la realidad de los males que experimentamos; aquel heroísmo tan decantado como falso; aquel heroísmo de los Catones y de las Cleopatras, que creyeron librarse del triunfo de sus enemigos, dándose la muerte por el temor de recibirla. Esta Filosofía enseña, ayuda á despreciar la muerte tan temible, á cubrir de amargura el corazón de un enemigo victorioso, que no puede triunfar del valor de aquel á quien ha vencido y aun á desarmarle á vista de un heroísmo que quizá le era desconocido, y al que no puede negar su admiración. Transforma muchas veces un héroe sanguinario y cruel en un héroe humano y pacífico, que después de haber llenado el mundo del ruido de sus hazañas, quiere hacerle amante de su yugo por la dulzura y clemencia de su reinado.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

El alma de aquel que guarda sus sentidos, como la tortuga sus miembros, del contacto de los placeres sensuales, está firmemente fija en la sabiduría.—BHAGAVAD-GULA.

El hombre sabio intenta adquirir conocimientos y riqueza, como si no estuviese espuesto á las enfermedades y á la muerte, y llena sus deberes religiosos como si estuviese sobre la autoridad de la muerte.

Los conocimientos producen la humildad; esto produce la dignidad; la dignidad la riqueza. Pero la felicidad proviene de la religión.

La sabiduría es el más valioso tesoro, porque no puede ser robado, ni se consume.

La sabiduría impresa en el joven, como las figuras de un vaso de barro, no se borra fácilmente.—*El autor de la HITOPADESA.*

El hombre debe rogar, no al sol visible y material, sino al divino Sol, á esa luz incomparablemente más alta, que todo lo ilumina, que todo lo regocija, de quien todo procede, á quien todo debe volver.—*Leyes de Menú.*

El fin de toda instrucción es la virtud, y á este fin debe aspirar el estudiante, así como el que tira con un arco, nada debe temer tanto como el no acertar.

El maestro debe colocar delante del joven objetos dignos, por medio de los ejemplos de los hombres sabios de la antigüedad; debe proceder como el escultor al dar forma á la tosca piedra.

La instrucción y las amonestaciones son como una fuente para las necesidades del esposo.—TSCHULL.

Procurad que vuestro exterior sea brillante, y puro vuestro interior. Dejad á cada uno la mirada y los gestos; cada palabra es una piedra preciosa; así, seréis señor de la tierra, de vuestra esposa, de vuestro caudal, de salud y esplendor.

Sea que estéis despiertos ó dormidos, considerad lo que es un justo miramiento para vosotros mismos; en cualquier cosa que hagáis ú omitáis, no olvidéis que estais dando un ejemplo.

No debéis fomentar la menor falta; regla que os evitará mucho daño; no cultivareis la más pequeña virtud, sin recibir una doble recompensa.

El que no planta trigo, no recogerá espigas; y el que no recoge cosecha, de que vivirá?—*Libro de Poemas chinoscos, colectados por Confucio, según Rueckert.*

El hombre justo obedece estrictamente la voz de su conciencia, á la cual, en todas sus acciones, conformará su voluntad.

Aquel que ensordece á esta voz celestial, dará libre curso á sus pasiones, y caerá en brazos de todos los vicios.

¡Oh! cómo podrá llegar á ser un hombre bueno y sabio, si desprecia ese rayo que brilla para cada uno desde el cielo? ¿Cómo podrá semejante hombre, escapar del mal y llegar á la bondad perfecta?

No; él hará lo que es incompatible con la dignidad del hombre y caerá de este modo en los males que habría podido evitar.—CONFUCIO.

Escoged como guía á la razón.

Entonces, cuando dejéis el cuerpo, vendreis á ser inmortal, como uno de los bienes eternos.

Acostumbraos, pues, á obrar en todo de acuerdo con la razón.—PITÁGORAS.

Dejad al hombre hacerse digno del cielo; dejadlo en este mundo que haga el bien con puro corazón; que sea puro de pensamiento, de palabra y de acciones; dejadle que busque lo bueno; que sea santo y que hable la verdad.—ZOROASTRO.

La razón es lo mejor y más noble, y los dioses nos la han dado con liberalidad.—EPICTETO.